

10° Capítulo del Abad General para el CFM – 04.09.2012

“El portero ha de tener su celda junto a la puerta, para que cuantos lleguen al monasterio se encuentren siempre con alguien que les conteste, en cuanto llame alguno o se escuche la voz de un pobre, responda *Deo gratias* o *Benedic*. Y, con toda la delicadeza que inspira el temor de Dios, cumpla prontamente el encargo con ardiente caridad.” (RB 66,2-4).

Retomo este pasaje del capítulo 66 que meditamos ayer, señalando que el Capítulo 66 era, probablemente, el último de una primera redacción de la Regla, por esto san Benito lo termina diciendo: “Si es posible, el monasterio ha de construirse en un lugar que tenga todo lo necesario, es decir, agua, molino, huerto y los diversos oficios que se ejercitarán dentro de su recinto, para que los monjes no tengan necesidad de andar por fuera, pues en modo alguno les conviene a sus almas. Y queremos que esta regla se lea muchas veces en comunidad, para que ningún hermano pueda alegar que la ignora” (RB 66,6-8).

Es interesante que la Regla terminase afirmando al mismo tiempo la importancia de la clausura y de la madurez de la apertura que toda comunidad debería vivir. San Benito terminaría la Regla haciendo entender que una comunidad es juzgada por la puerta, es decir, desde el punto de división y comunicación entre el interior y el exterior del monasterio, entre la comunidad y la sociedad, entre la intimidad monástica y fraterna de la comunidad y su testimonio de acogida. La puerta es un símbolo muy rico, tanto que Jesús lo ha usado hasta para definirse a sí mismo: “Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto” (Jn 10,9).

Ahora bien, san Benito ha querido precisamente que a la puerta del monasterio no se ponga un simple funcionario o, como hoy en día, una videocámara. Ha querido que haya un anciano sabio, lleno de la “mansedumbre del temor de Dios”. La puerta del monasterio era, de este modo, el punto en el que la comunidad expresaba en el modo de acoger de este monje maduro su capacidad de educación para una relación equilibrada entre la pertenencia monástica y la acogida, entre el silencio y la palabra, entre la oración y la caridad. Así como se podía alcanzar una madurez tan grande en el vivir la vida fraterna como para poder elegir la vocación eremítica (cfr. RB 1,3-5), se podía alcanzar una madurez tan grande en el vivir la pertenencia a la comunidad, en la clausura, como para poder vivir al margen, a la puerta, en contacto continuo con quien viene de fuera. San Benito parece preferir esta segunda madurez, porque si bien menciona la de vivir como eremita al principio de la Regla, la madurez y sabiduría del monje portero nos la presenta al fin, casi como plenitud de todo el camino monástico que él propone.

Es evidente que no podemos todos terminar nuestra vida monástica haciendo de porteros del monasterio. Es más bien una indicación del tipo de madurez humana y espiritual a la que el camino de la Regla debería conducirnos. La definiría como una madurez de comunión en Dios con todos. Para el anciano portero sabio, el contacto con los demás no es causa de disipación, de distracción, sino una ocasión continua de decir sí al Señor, de acoger a Cristo con gratitud. En efecto, responde “*Deo gratias*” a quien llama y al pobre que clama, es decir, vive el encuentro con la exigencia y la necesidad del otro con agradecimiento. Responde “*Benedic* – Bendíceme”: le acoge, por lo tanto, como una bendición divina para él y para el monasterio.

Esta gozosa gratitud en la acogida del otro, sobre todo si es pobre, y, por lo tanto, no trae otra cosa que a sí mismo, es la caridad que más se parece a la caridad de Dios, a la gratitud de Dios que se alegra de crear y acoger a cada ser humano. Ningún ser humano puede dar a Dios algo que Él no tenga, algo que no haya recibido de Dios mismo. Sin embargo, la alegría de Dios es podernos acoger, que vayamos a Él, que lo amemos, que volvamos a su Casa. Al comienzo del Prólogo de la Regla se hace alusión al hijo perdido que vuelve a la casa del Padre bueno para vivir en la obediencia (Pról. 2). Todo monje es este hijo que vuelve a casa entrando en el monasterio. Al final de la Regla, este hijo perdido, en la obediencia de la vida de la comunidad, ha madurado hasta convertirse él mismo en “*pius pater* – padre bueno”, un padre manso que acoge con alegría a todos los hijos perdidos que se presentan a la puerta del monasterio. Es esta paternidad la que le permite, “con toda la mansedumbre del temor de Dios” que “cumpla prontamente el encargo con ardiente caridad – *reddat responsum festinanter cum fervore caritatis*” (66,4).

Ayer citaba la frase de un personaje de Dostoievski: “¡Sería necesario que todo hombre tuviese al menos un lugar donde se tenga piedad de él!” (*Crimen y castigo*, Parte primera, II). Este lugar no es tanto un lugar espacial como una relación, una amistad. La verdadera paternidad, la verdadera casa en la que todo hombre pudiera o debiera ser acogido es la alegría con la cual lo mira aquel que le abre la puerta. Uno se siente en casa si se siente acogido, si aquel que lo acoge le sorprende con la alegría y la gratitud por su presencia. La misma alegría desbordante que el padre de la parábola del hijo pródigo quiere transmitir a todos: al hijo que vuelve, a los siervos, al hijo mayor (cfr. Lc 15,23-24.32). El “fervor de la caridad” del que habla aquí san Benito es, en el fondo, esta alegría de poder acoger y amar al otro como un don de Dios, a pesar de todo. San Benito ha tomado conciencia de esto al final de su experiencia eremítica en Subiaco, cuando recibió en Pascua la visita inesperada del sacerdote que le llevaba de comer: “¡Ahora sé que hoy es Pascua porque tengo la alegría de verte!” (Gregorio Magno, *Diálogos II*, cap. 1). Este encuentro y esta experiencia de comunión en Cristo se revela al joven Benito como una plenitud de la soledad eremítica, y la figura gozosamente acogedora del monje portero encarna precisamente esta conciencia y experiencia madura de la búsqueda monástica de Dios.

Pero todos somos conscientes de que esta caridad no es fácil. Quizá no tanto hacia las personas de fuera, sino sobre todo en las relaciones entre los hermanos y hermanas de nuestra comunidad. Cuántas veces encuentro monjes y monjas que no quieren tener nada que ver con algún hermano o hermana de su comunidad. ¡Todo lo contrario a la alegría de acoger al otro! Pero esta alegría por el otro es, como decía, y como nos hace entender san Benito, la verdadera madurez de la caridad en nosotros, la madurez plena de nuestra vocación monástica, porque es como vivir la gloria de la comunión trinitaria en las relaciones humanas. Es una madurez y, sobre todo, una gracia a la que se nos pide abrírnos durante todo el camino de nuestra vida. Pero es importante ser conscientes de que estamos llamados a esto, que nuestra madurez y sabiduría es esta, y que a esto nos conduce el temor de Dios vivido con mansedumbre, es decir, dejándonos conducir y guiar con docilidad desde aquí hacia la plenitud de la caridad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist